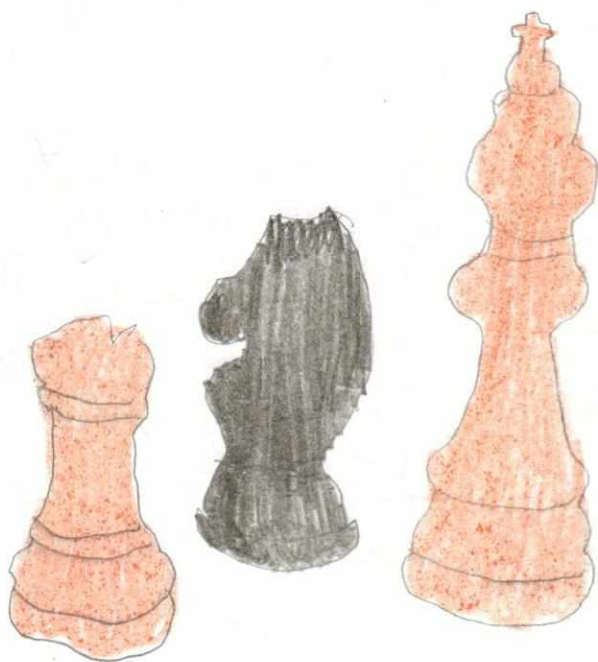


calia

magica

Esta es la historia invisible del señor José. Digo que es invisible porque ya apenas sé cosas de él. Cuando te conocí; yo tenía 5 años y había ido a pasar unas pequeñas vacaciones al pueblo de mis abuelos. El señor José era el vecino de toda la vida de mis abuelos, un gran amigo de la familia y uno de los más famosos carpinteros de la zona. Recuerdo que a él le gustaba mucho proclamarse como un artesano de la madera, y disfrutaba haciendo pequeñas figuritas de madera que siempre regalaba con una sonrisa.

Pero el señor José era además una persona muy inteligente y paciente. Cuando yo cumplí 7 años, me enseñó a jugar al ajedrez. Después de perder muchas partidas contra él, una tarde conseguí ganarte. Mi padre dijo que tuve mucha suerte aunque yo creo que el señor José se dejó ganar. Como premio, me entregó un juego completo de ajedrez totalmente tallado y barnizado por él. Todas las piezas y el tablero se guardaban en una cajita de madera oscura con mis iniciales grabadas. Mis padres dijeron que el señor José me había hecho un gran regalo que debía guardar para evitar que se estropease.



Yo creo que el señor José trataba a todos los niños del pueblo muy bien porque nunca tuvo hijos ni nietos, y por eso disfrutaba tanto enseñando jugar al ajedrez. Muchas veces, mi abuelo y él trabajaban juntas la madera, incluso iban juntos a recoger leños al monte. Alguna vez fuimos toda la familia con ellos, y el señor José demostraba su sabiduría identificando los árboles, setas y huellas de animales que nos encontrábamos.

Con el paso de los años yo me fui haciendo mayor, lo que significaba que cada vez tenía más deberes y exámenes, y menos oportunidades de volver al pueblo. Las pocas veces que iba las aprovechaba para pasar tiempo con el señor José y mi abuelo en el taller. El señor José siempre me decía que estudiara mucho para poder tener un gran futuro. Pero aunque dedicaba muchas horas de estudio y mis notas iban muy bien, fueron muy pocos los días en que podía volver al pueblo.

Algunos sábados llamaba mi abuelo para preguntarme y hablar con él. Recuerdo que un sábado no pude contactar con él, por lo que me preocupé mucho. Se lo comenté a mis padres, que quitaron importancia a mis preocupaciones. Esa misma tarde, un poco antes de la cena, mi abuelo llamó, fui yo quien cogió la llamada, aunque el tono de mi abuelo no estaba para bromas. Mi madre cogió el teléfono, y yo me quedé mirando el rostro preocupado que ponía. Cuando colgó, nos dijo que mi abuelo se había pasado gran parte del día buscando al señor José, junto a otros vecinos. Habían encontrado al señor José desorientado cerca de un pequeño bosque que rodea el pueblo, aunque para mi madre solo había sido un pequeño despiste.

Hubo más pequeños despistes que sufrió el señor José y la gente que le rodeaba, como por ejemplo cuando perdió su cartera de ahorros o olvidaba algunos de los encargos que aún recibía. Esas variedades me pude acercar al pueblo. fui a ver al señor José a comprobar como se encontraba. La verdad es que yo no podía entender cómo no había usado el móvil cuando se perdía. Se lo pregunté aunque él solo me respondía que no lo había pensado.

Pasamos juntos un rato durante el cual me pregunto varias veces que qué tal me iban los estudios y siempre me respondía que genial. Le dije también de jugar al ajedrez, pero él no estaba interesado. Como esas variedades las pasés en el pueblo, aproveché todas las tardes para ir a casa de mi rico amigo, que cada vez parecía más triste y desanimado, incluso creo que cada día parecía más torpe. Una tarde, poco antes de Nochevieja, fui a pedir el aguinaldo, una costumbre que tenía de todos los años. El señor José abrió la puerta, pero estaba de muy mal humor así que no le pedi nada.



Mis abuelos y otros amigos del señor José acudieron a hablar con el médico del pueblo, que rápidamente se interesó por la salud y el bienestar de el Señor José. Aunque le regañaban, este aceptó ir al médico. El médico le hizo varias pruebas que acabaron confirmando que lo que padecía José no eran despistes propios de la edad, sino que le habían diagnosticado con Alzheimer.

La vida del señor José cambió mucho, así como la de todos los que estábamos a su alrededor. Siempre había sido una persona cariñosa y respetada, y ahora, en estos momentos de necesidad, tanto sus vecinos como su familia cuidaban de él. Algunas tardes le acompañaban a dar paseos por el pueblo; le hacían la compra o le traían Packaban a la ciudad si era necesario.

Pero la enfermedad avanzaba, y pronto José necesitó de ayuda externa. Su casa fue adaptada para que pudiera vivir con unas condiciones dignas. También, había una asistente que le hacía las tareas del hogar y le facilitaba su vida cotidiana. La asistente, que se llamaba Delia, era una mujer encantadora y muy profesional, que siempre trabajaba con respeto, cariño y dignidad al señor José. Para él, fue muy duro tener que dejar de trabajar y labrar la madera, aunque no se mostraba muy enfadado por tener que ser supervisado y vigilado las veinticuatro horas al día por Delia, su familia y sus vecinos.

Cuando su lenguaje se empezaba a ver afectado, Delia sugirió que podíamos etiquetar con letras claras algunas de los objetos cotidianos más importantes, como la zona de la cocina.

También Delia nos aconsejó que tuvieramos paciencia y que entáramos mostramos enfadados o ansiosos delante de él. Yo me mantenía siempre informado de su estado, incluso algunas veces iba al pueblo para pasar un rato con él.

Hace unos días celebramos el cumpleaños de mi abuela. Reunimos toda la familia a pasar el fin de semana entero a la casa de mis abuelos. Lleve conmigo el ajedrez que hace muchos años que José me regaló. Aún sigue casi intacto. Cuando fui a casa del señor José y se lo mostré puso cara de sorpresa.

— No sé qué es eso, muchacho — exclamó José para mi desagrado —, pero quien lo haya hecho es un maestro.

— Fue un regalo — le contesté medio sonriendo.

— Pues la persona que lo hizo te tiene muchísimo cariño.

